

Los testigos silenciosos están por todas partes y, mientras pasan de un estado de la materia a otro, se vuelven gradualmente irreconocibles para los seres queridos. Sus cuerpos se tiran a los barrancos, se introducen en maleteros de coches abandonados, se atan a bloques de cemento y se echan al fondo de los lagos. Para deshacerse con premura de algunos de ellos, se arrojan a la cuneta (así, la vida, después de haber virado bruscamente, puede pasar veloz cerca de ellos sin detenerse a mirar).

A veces, sueño que soy un águila. Vuelo sobre ellos, observo sus restos, doy testimonio de su eliminación. Veo al hombre que se fue de caza con su enemigo (ahí, debajo de aquel árbol, en aquel matorral). Descubro los huesos de la camarera que sirvió al hombre equivocado (ahí, debajo del tejado caído de un viejo cobertizo). Percibo el destino final del adolescente que bebió demasiado con una compañía que no le convenía (una tumba poco profunda en el bosque de pinos). A menudo, sus espíritus se quedan merodeando, se aferran a los restos mortales que los hospedaban. Sus espíritus no se convierten en ángeles. No eran

CHARLAINE HARRIS

creyentes cuando estaban vivos, ¿por qué iban a convertirse en ángeles ahora? Incluso la gente normal, la gente que piensas que es «buena», puede ser imprudente, deshonesto o celoso.

Mi hermana Cameron yace en algún lugar entre ellos. Se descompone en alguna alcantarilla o bajo unos cimientos, metida dentro del maletero oxidado de un coche abandonado o esparcida por el terreno de un bosque. Quizá su espíritu se esté aferrando a lo que queda de su cuerpo mientras espera que la encuentren, que se cuente su historia.

Quizá eso es todo lo que desean los testigos silenciosos.

El sheriff no quería que yo estuviera allí. Eso hizo que me preguntara quién había puesto en marcha el proceso de buscarme y pedirme que fuera a Sarne. Tuvo que ser uno de los civiles que estaban allí de pie, incómodos (todos ellos bien vestidos y alimentados y, evidentemente, personas acostumbradas a ejercer la autoridad en todas partes). Los miré uno a uno. El sheriff, Harvey Branscom, tenía el rostro arrugado y encarnado, bigote blanco muy fino y el pelo también blanco y muy corto. Tendría cincuenta y tantos años, quizá más. Vestido con un uniforme caqui ajustado, Branscom estaba sentado en una silla giratoria detrás de la mesa. Parecía indignado. El hombre que estaba de pie a su derecha era por lo menos diez años menor, más moreno, mucho más delgado y estaba recién afeitado. Se llamaba Paul Edwards y era abogado.

La mujer con la que estaba discutiendo, algo más joven, con pelo rubio teñido con un tinte caro, era Sybil Teague. Era viuda y, según lo que averiguó mi hermano, había heredado buena parte del pueblo de Sarne. A su lado se encontraba otro hombre, Terence Vale, que tenía la cara redonda y el pelo blanco, fino y

escaso. Llevaba unas gafas de montura metálica y una de esas pegatinas con el nombre. Cuando entró, a toda prisa, dijo que venía de una jornada de puertas abiertas en el ayuntamiento. Su pegatina decía: «¡Hola! Soy TERRY, el ALCALDE».

Como al alcalde Vale y al sheriff Branscom les molestaba tanto mi presencia, me imaginé que me habían llamado Edwards o Teague. Miré al uno y a la otra. Decidí que había sido Teague. Crucé las piernas y me arrellané en la incómoda silla. Balanceaba el pie que me colgaba y observaba como la punta de mi mocasín negro de cuero se acercaba cada vez más a la mesa del sheriff. Se lanzaban acusaciones los unos a los otros, como si yo no estuviera allí. Me preguntaba si Tolliver los oiría desde la sala de espera.

—¿Por qué no lo discuten cuando nos vayamos al hotel?
—pregunté yo, y así corté la discusión por lo sano.

Todos se detuvieron y me miraron.

—Creo que la hemos traído aquí bajo una impresión equivocada —dijo Branscom. Su voz sonaba como si intentara ser cortés, pero su cara decía que quería que me fuera al infierno. Tenía los puños cerrados encima de la mesa.

—¿Y esa impresión equivocada era...? —Me froté los ojos. Había llegado directamente de otra localización y estaba cansada.

—Terry, aquí presente, nos engañó un poco en lo que se refiere a sus credenciales.

—Vale, ustedes deciden; mientras, duermo algo —dije yo. Me había rendido.

Me puse de pie y me sentí más vieja que Matusalén, o por lo menos con más años que los veinticuatro que en realidad tenía.

—Tengo otro trabajo que me espera en Ashdown. Me voy mañana por la mañana temprano. Nos deben, al menos, las dietas de

desplazamiento. Hemos conducido hasta aquí desde Tulsa. Pregúntele a mi hermano a cuánto asciende.

Sin esperar a que nadie dijera nada, salí de la oficina de Harvey Branscom, fui por el pasillo y entré en la recepción. Ignoré a la empleada que estaba detrás de la mesa, aunque me miraba con curiosidad. Sin duda había sentido la misma curiosidad por Tolliver hasta que desvió la atención hacia mí.

Tolliver dejó la manoseada revista que estaba hojeando y se levantó de la silla de cuero falso. Tolliver tiene veintisiete años y bigote de un tono rojizo; pero, aparte de eso, tiene el pelo tan negro como yo.

—¿Ya? —me preguntó él.

Podía ver que estaba exasperada. Me miró con las cejas arqueadas inquisitivamente. Tolliver mide al menos diez centímetros más que yo, que mido uno setenta. Negué con la cabeza para decirle que le pondría al corriente más tarde. Me abrió la puerta de cristal para que pasara. Salimos a la noche fría y sentí que ese frío me calaba los huesos. El asiento del Malibu estaba ajustado para mis piernas, ya que había sido la última en cogerlo, así que me puse al volante.

El departamento de policía estaba en un lateral de la plaza, frente al juzgado, que estaba en el centro. El juzgado era un edificio enorme construido en los años veinte, la clase de edificio de mármol y techos altos que sería imposible climatizar conforme a los criterios modernos; pero aun así era imponente. Los jardines que rodeaban el viejo edificio estaban muy bien cuidados, aunque se estuvieran cayendo las hojas. Todavía había turistas en los mejores aparcamientos de la plaza. En esta época del año, los que visitaban Sarne eran personas blancas de mediana edad y mayores, con zapatos de suela de goma y anorak. Caminaban

lentamente, con cuidado, y tenían que salvar los bordillos. Solían conducir de la misma forma.

Tuvimos que dar dos vueltas a la plaza antes de ponernos en el carril correcto para ir al este hacia el motel. Tenía la impresión de que todas las carreteras de Sarne daban a la plaza. Las tiendas que había en ella y las que estaban a su lado formaban la parte elegante de la ciudad, dirigida al consumo. Incluso las farolas eran pintorescas: líneas curvas de metal pintadas de un verde mate y ornamentadas con florituras y hojas. Las aceras eran lisas y accesibles para las sillas de ruedas y había muchas papeleras cuidadosamente camufladas para que parecieran unas bonitas casitas. Los escaparates de las tiendas habían sido remodelados para que combinaran entre sí y todos tenían la fachada de madera con rótulos de letras antiguas: la heladería Tía Hattie, el café de Jeb, la mercería y almacén de Jn. Banks y la tienda de golosinas de Ozark Annie. Cada tienda tenía fuera un pesado banco de madera. Por los escaparates iluminados de las tiendas, alcancé a ver a uno o dos tenderos; todos ellos iban disfrazados con trajes de principios del siglo xx.

Eran las cinco en punto cuando por fin nos marchamos de la plaza. A finales de octubre, en un día nublado, el cielo estaba casi totalmente oscuro.

Sarne era un lugar feo una vez que abandonabas la zona destinada a los turistas que rodeaba el juzgado. Los negocios como la tienda de artesanía de Mountain Karl dieron paso a necesidades más simples como el First National Bank y Electrodomésticos Reynolds. Cuanto más me alejaba en coche de la plaza por estas calles secundarias, con más frecuencia veía algún que otro escaparate vacío, uno o dos con los cristales rotos. El tráfico era casi inexistente. Esta era la parte privada de Sarne, para los que eran

de aquí. La temporada turística se acabaría, me contó el alcalde, cuando cayeran las hojas; Sarne y su hospitalidad estaban a punto de clausurarse para los meses de invierno.

Estaba enfadada por el tiempo y el kilometraje que habíamos malgastado. Pero todavía no había perdido la esperanza y me sentía casi feliz cuando noté el inconfundible tirón al llegar a un stop en una intersección cinco manzanas al este de la plaza. Vino por mi izquierda, estaba a unos cinco metros.

—¿Es reciente? —me preguntó Tolliver al verme hacer un movimiento brusco con la cabeza. Siempre miro, aunque es imposible que vea algo con los ojos.

—Muy reciente.

No estábamos pasando al lado de un cementerio ni me estaba llegando la sensación de un cadáver embalsamado recientemente, que pudiera haberme indicado que había una funeraria. Esta era demasiado reciente, el tirón era demasiado fuerte.

Quieren que los encuentres, ¿sabes?

En lugar de seguir recto, lo cual nos habría llevado hasta el motel, giré a la izquierda para seguir el «rastros» mental. Paré en el aparcamiento de una pequeña gasolinera. Hice otro movimiento brusco con la cabeza mientras escuchaba la «voz» que me llamaba desde el terreno lleno de maleza que había al otro lado de la calle. Digo «rastros» y «voz», pero lo que tira de mí en realidad no es nada tan claro como lo que indican esas palabras.

A unos tres metros de distancia, en el terreno, se divisaba la fachada de un edificio. Pude leer en el letrero chamuscado que colgaba de ella que era la antigua lavandería automática Everclean. A juzgar por el estado de los restos de la estructura, la mitad de la lavandería se había quemado hacía algunos años.

—En las ruinas, por ahí —le dije a Tolliver.

—¿Quieres que vaya a ver?

—No. Llamaré a Branscom cuando esté en la habitación.

Nos dedicamos una breve sonrisa. No hay nada como un ejemplo concreto para mostrar mi buena fe. Tolliver asintió en señal de aprobación.

Puse el coche de nuevo en marcha. Esta vez llegamos a nuestro motel y nos metimos en nuestras respectivas habitaciones sin demora. Necesitábamos estar un momento separados después de haber pasado juntos todo el día; esa es la razón por la que las cogimos separadas. No creo que ninguno de nosotros sea excesivamente pudoroso.

Mi habitación era como todas en las que he dormido en los últimos años. La colcha era verde, guateada y lustrosa. El cuadro que había en la pared encima de la cama representaba un puente en algún lugar de Europa. Salvo por esos pequeños detalles, podría haberse tratado de cualquier estancia barata de motel en cualquier lugar de Norteamérica. Al menos, olía a limpio. Saqué mi bolsa de maquillaje y medicinas y la puse en el pequeño baño. Entonces, me senté en la cama y me incliné para echar un vistazo a las instrucciones del viejo teléfono. Cuando encontré el número que buscaba en la guía telefónica de la zona, llamé a la oficina del sheriff y pregunté por él. Al cabo de un minuto oí la voz de Branscom al otro lado y se notaba que no le hacía ninguna gracia tener que hablar conmigo por segunda vez. Empezó de nuevo con lo de que se habían confundido conmigo (como si yo hubiera tenido algo que ver), y lo interrumpí.

—Pensé que le interesaría saber que hay un hombre muerto llamado algo así como Chess o Chester en el edificio quemado de la lavandería automática de Florida Street, a unas cinco manzanas de la plaza.

—¿Qué? —Se produjo un largo silencio mientras Harvey Branscom lo asimilaba—. ¿Darryl Chesswood? Está en casa de su hija. Hicieron una habitación para él el año pasado cuando empezó a olvidar dónde vivía. ¿Cómo se atreve a decir una cosa así? —Daba la impresión de que estaba franca y justificadamente ofendido.

—Eso es lo que hago —dije yo, y puse el auricular en su base con suavidad.

El pueblo de Sarne acababa de recibir un regalito.

Me tumbé sobre la lustrosa colcha verde y crucé las manos sobre las costillas. No tenía que ser médium para predecir lo que pasaría a continuación. El sheriff llamaría a la hija de Chesswood. Ella probablemente iría a ver a su padre y vería que no estaba. El sheriff se dirigiría a la localización él mismo, ya que le daría vergüenza mandar a un ayudante a ese recado, y encontraría el cuerpo de Darryl Chesswood.

El anciano había fallecido por causas naturales (una hemorragia cerebral, pensaba yo).

Siempre era reconfortante encontrar a alguien que no hubiera sido asesinado.

A la mañana siguiente, cuando Tolliver y yo entramos en la cafetería (Kountry Good Eats) que estaba convenientemente al lado del motel, todo el grupo estaba allí, instalado con comodidad en una pequeña sala privada. Las puertas estaban abiertas, así que tuvieron que vernos cuando entramos. Los platos sucios encima de la mesa, las dos sillas vacías y la cafetera indicaban que nos habíamos adelantado. Tolliver me dio un codazo e intercambiamos miradas.

Me alegré de haberme maquillado. Normalmente, no me molesto en pintarme hasta después del café.

Si nos hubiéramos sentado en otra mesa habría sido demasiado comedido, así que me encaminé hacia las puertas abiertas de la sala de reuniones con el periódico que había comprado en la máquina expendedora sujeto debajo del brazo. Una gran mesa redonda ocupaba casi por completo la pequeña sala. Los peces gordos de Sarne estaban sentados alrededor de la mesa y nos miraban fijamente. Yo intentaba recordar si me había peinado esa mañana. Tolliver me habría dicho algo si mi aspecto fuera el de recién levantada, me dije a mí misma. Tengo el pelo corto, con mucho volumen y rizado, así que si me lo dejara largo, se convertiría en una mata de pelo negro. Tolliver tiene suerte; el suyo es liso y se lo deja crecer hasta que se lo puede recoger atrás. Cuando se cansa de él, se lo corta. En este momento, lo llevaba corto.

—Sheriff —dije yo mientras lo saludaba con la cabeza—, señor Edwards, señora Teague, señor Vale. ¿Cómo están esta mañana?

Tolliver me acercó la silla y me senté. Esto era un extra, una cortesía para aparentar. Él se imagina que cuanto más respeto me muestra en público, a más respeto cree el público que tengo derecho. A veces funciona así.

La camarera ya me había llenado la taza de café y yo le había dado el primer sorbo cuando habló el sheriff. Con gran esfuerzo aparté la mirada del periódico, todavía doblado al lado de mi plato. Tenía muchísimas ganas de leerlo mientras me tomaba el café.

—Estaba allí —dijo Harvey Branscom con pesadez.

El hombre parecía diez años mayor que la noche pasada y sus mejillas mostraban una barba blanca incipiente.

—¿El señor Chesswood, quiere decir?

Pedí fruta y yogur a una camarera que parecía pensar que era una elección extraña. Tolliver pidió una torrija, beicon y una mirada de flirteo. Es un pesado con las camareras.

—Sí —dijo el sheriff—. El señor Chesswood, Darryl Chesswood, era un buen amigo de mi padre.

Lo dijo con énfasis, como si por el hecho de haberle contado dónde estaba el cuerpo del anciano la responsabilidad de su muerte hubiera recaído sobre mí.

—Siento su pérdida —dijo Tolliver como simple formalidad.

Yo asentí. Después de eso, dejé que reinara el silencio. Con un gesto, Tolliver se ofreció a servirme más café, pero levanté la mano para mostrarle lo firme que tenía el pulso aquel día. Di otro sorbo con gratitud y llené la taza hasta arriba. Toqué la de Tolliver para preguntarle si quería más, pero negó con la cabeza.

Bajo el escrutinio furtivo de todas esas miradas, no era capaz de abrir el periódico que tenía doblado delante de mí. Tenía que esperar a que estos paletos se decidieran a hacer algo que ya habían acordado hacer. Me sentí optimista cuando vi que nos estaban esperando, pero ese optimismo se estaba deteriorando rápidamente.

Los sarnitas (¿o sarnianos?) señalaban mucho con la mirada. Paul Edwards se inclinó hacia delante para pronunciar el resultado de tanta charla. Era un hombre apuesto y estaba acostumbrado a que se fijaran en él.

—¿Cómo murió el señor Chesswood? —interrogó él como si fuera la pregunta del millón.

—De un derrame cerebral. —Dios, qué gente. Miré mi periódico con deseo.

Edwards se echó hacia atrás como si lo hubiera golpeado en

la boca. Se cruzaron más miradas entre ellos. Llegó mi fruta (melón cantalupo en rodajas, que estaba duro y no sabía a nada, piña de lata, un plátano sin pelar y uvas). Bueno, después de todo era otoño. Cuando trajeron los huevos y la tostada de Tolliver, empezamos a comer.

—Lamentamos la indecisión de anoche —dijo Sybil Teague—. Más aún cuando parece que usted, hummm, lo interpretó como si nos estuviéramos echando atrás en nuestro acuerdo.

—Sí, así fue. ¿Tolliver?

—Yo también lo interpreté así —dijo con solemnidad. Tolliver tiene marcas de acné en las mejillas, los ojos oscuros y una voz profunda y fuerte. Cualquiera cosa que dice suena importante.

—Supongo que me asusté. —Intentaba parecer encantadora mientras pedía disculpas, pero conmigo no funcionaba—. Cuando Terry me contó lo que había oído sobre usted y Harvey accedió a contactarla, no teníamos ni idea de dónde nos estábamos metiendo. Contratar a alguien de sus características no es algo que haya hecho antes.

—No hay nadie como Harper —dijo Tolliver rotundamente. Había levantado la mirada de su plato y los estaba mirando a los ojos.

Tolliver provocó que Sybil Teague perdiera el hilo. Tuvo que hacer una pausa y organizarse de nuevo.

—Estoy segura de que tiene razón —dijo falsamente—. Ahora, señorita Connelly, volvamos al trabajo que esperamos que haga.

—Antes de nada —dijo Tolliver mientras se limpiaba el bigote con la servilleta—, ¿quién va a pagar a Harper?

Lo miraron como si fuera algo ajeno a ellos.

—Evidentemente, todos ustedes son funcionarios del ayunta-

miento, aunque no sé muy bien qué hace el señor Edwards aquí. Señora Teague, ¿va a pagar a Harper con su dinero o está en la nómina del ayuntamiento?

—Yo soy la que va a pagar a la señorita Connelly —dijo Sybil Teague. Su voz era más firme ahora que se había mencionado el dinero—. Paul, aquí presente, es mi abogado. Harvey es mi hermano.

Evidentemente, Terry Vale no era nada suyo.

—Ahora, déjeme que le diga qué quiero que haga. —Nuestras miradas se cruzaron.

Miré el plato mientras desprendía las uvas de su rabillo.

—Quiere que busque a una persona desaparecida —dije con rotundidad—. Como siempre.

Prefieren que digas «persona desaparecida» a que digas «cuerpo desaparecido», aunque esto último sea lo más acertado.

—Sí, pero era una chica alocada. Quizá se haya escapado. No estamos totalmente seguros..., no todos lo estamos..., de que esté muerta en realidad.

Como si no lo hubiera oído antes.

—Entonces, tenemos un problema.

—¿Y cuál es? —Su paciencia se agotaba. Me imaginaba que no estaba acostumbrada a discutir su agenda.

—Solo encuentro a gente muerta.

—Lo sabían —le dije a Tolliver en voz baja mientras volvíamos a nuestras habitaciones—. Lo sabían. No encuentro a gente viva. No puedo.

Me estaba disgustando y era una tontería.

—Claro que lo saben —dijo él con calma—. Puede que no

quieran admitir que está muerta. La gente es así de rara. Es como si, al fingir que hay esperanza, la hubiera realmente.

—La esperanza es una pérdida de tiempo —dije yo.

—Lo sé —dijo Tolliver—, pero no pueden evitarlo.

Tercer asalto.

Le había tocado a Paul Edwards, el abogado de Sybil Teague. Así que aquí estaba, en mi habitación. Los otros, supongo, se habían dispersado para volver a su rutina diaria.

Tolliver y yo nos habíamos sentado en dos sillas a la mesa típica de motel barato. Yo por fin había empezado a leer el periódico. Tolliver estaba haciendo lo mismo con un libro de ciencia ficción de bolsillo sobre espadas y hechiceros que había encontrado olvidado en el último motel en el que estuvimos. Nos miramos cuando oímos que alguien llamaba a la puerta.

—Apuesto a que es Edwards —dije yo.

—Branscom —dijo Tolliver.

Sonreí a Tolliver burlonamente detrás del abogado cuando cerré la puerta.

—Si están de acuerdo, después de nuestra discusión —se disculpó el abogado—, me han pedido que los lleve a la localización.

Miré el reloj. Eran las nueve en punto. Habían tardado cuarenta y cinco minutos en llegar a un consenso.

—¿Y es la localización de...? —Dejé que mis palabras quedaran suspendidas en el aire.

—Del posible asesinato de Teenie (Monteen) Hopkins. El asesinato, o quizá suicidio, de Dell Teague, el hijo de Sybil.

—¿Se supone que tengo que encontrar un cuerpo o dos? Dos les costará más dinero.

—Sabemos dónde está Dell —dijo Edwards, sobresaltado—. Está en el cementerio. Solo tiene que encontrar a Teenie.

—¿Estamos hablando de bosque? ¿Qué tipo de terreno? —preguntó Tolliver con sentido práctico.

—Bosque. Terreno con pendientes pronunciadas, en algunos lugares.

Al saber que íbamos a las montañas Ozark, habíamos traído el equipo adecuado. Me puse las botas de montaña y el chaleco acolchado de color azul fuerte, y me metí en los bolsillos una chocolatina, una brújula, una botella de agua pequeña y el teléfono móvil cargado. Tolliver cruzó la puerta que comunicaba las dos habitaciones y se metió en la suya. Cuando volvió iba vestido de una forma muy parecida. Paul Edwards nos miraba con una fascinación peculiar. Se encontraba lo suficientemente interesado como para olvidarse por unos minutos de lo guapo que era.

—Supongo que hacen esto todo el tiempo —dijo él.

Tiré de los cordones de las botas y las ajusté para sentirme cómoda. Las até con doble lazada. Cogí un par de guantes.

—Sí —dije yo—, es mi trabajo.

Me puse una bufanda de un color rojo brillante alrededor del cuello. Me la ataría adecuadamente cuando hiciera frío. La bufanda no solo abrigaba, sino que se veía muy bien. Me miré en el espejo. Bastante bien.

—¿No lo encuentra deprimente? —preguntó Edwards, como si no pudiera evitarlo. Había una sutil calidez en sus ojos que no estaba allí antes. Había recordado que él era guapo y yo una mujer joven.

Casi digo «No, lo encuentro lucrativo». Pero sé que a la gente le desagrada la forma en la que me gano la vida y, de todas formas, eso habría sido verdad solo en parte.

—Es un servicio que desempeño para los muertos —dije yo al finalizar, y eso era igualmente verdad.

Edwards asiente, como si hubiera dicho algo profundo. Quería que los tres fuéramos en su Outback, pero nosotros llevamos nuestro coche. (Esta precaución se remonta a una vez en la que un cliente nos dejó abandonados en el bosque a más de treinta kilómetros del pueblo. Se sentía disgustado porque no había podido encontrar el cuerpo de su hermano. Estaba bastante segura de que se hallaba en algún lugar hacia el oeste de la zona en la que quería que buscara, pero no quiso pagarme por una búsqueda más prolongada. No era mi culpa que su hermano hubiera vivido lo suficiente para llegar tambaleándose al arroyo. De todas formas, había sido una larguísima caminata hasta el pueblo.)

Dejé que mi mente se pusiera en blanco mientras seguíamos a Edwards hacia el noroeste, en las profundidades de las Ozark. El follaje era hermoso en esta época del año y esa belleza atraía a bastantes turistas. La carretera llena de curvas y pendientes estaba salpicada de puestos que vendían piedras y cristales (artesanía genuina de las Ozark) y toda clase de jaleas y mermeladas. En todos los puestos se promocionaba algo relacionado con los paletos, una estrategia de márquetin que no entendía. «¡Éramos ignorantes, desdentados y pintorescos! ¡Paren y vean si todavía lo somos!»

Miraba fijamente el bosque mientras conducíamos, su fría y brillante profundidad. Durante todo el camino, me llegaron «impactos» de intensidad variada.

Hay muertos por todas partes, por supuesto. Cuanto más tiempo lleven muertos, menos zumbido me llega.

Es difícil describirlo, pero claro, eso es lo que todo el mundo quiere saber: qué se siente al detectar a un muerto. Es como oír el zumbido de una abeja dentro de tu cabeza o quizá como el so-

nido de un contador Geiger: un ruido persistente e irregular, que se hace más intenso a medida que me voy acercando al cuerpo. También hay algo eléctrico en ello; puedo sentir este zumbido por todo el cuerpo. Supongo que no es muy sorprendente.

Pasamos por delante de tres cementerios (uno de ellos bastante pequeño y muy viejo) y por un emplazamiento funerario indio escondido, un túmulo o montículo al que el paso del tiempo había dado forma hasta hacerlo parecer otra suave ondulación más. Ese antiguo emplazamiento emitía una señal muy débil; era como oír una nube de mosquitos a lo lejos.

Estaba en sintonía con el bosque y la tierra cuando Paul Edwards paró el coche en el arcén. El bosque llegaba hasta muy cerca de la carretera y apenas había sitio para aparcar los coches y dejar pasar otros vehículos. Me imaginaba que Tolliver tenía que estar preocupado por si venía alguien demasiado rápido y rozaba el Malibu. Pero no dijo nada.

—Dígame qué ocurrió —le dije al hombre de pelo oscuro.

—¿No puede ir a echar un vistazo y ya? ¿Para qué necesita saberlo? —Estaba receloso.

—Si sé algo más sobre las circunstancias, puedo buscarla de una forma más inteligente —le dije yo.

—De acuerdo. Bueno. La primavera pasada, Teenie vino aquí con el hijo de la señora Teague, que también era el sobrino del sheriff Branscom (Sybil y Harvey son hermanos). El nombre del hijo de Sybil era Dell. Dell era el novio de Teenie, lo habían sido durante dos años, lo solían dejar y luego volvían. Los dos tenían diecisiete años. Un cazador encontró el cuerpo de Dell. O le habían disparado o se había disparado él mismo. Nunca encontraron a Teenie.

—¿Cómo descubrieron su localización? —preguntó Tolliver

mientras señalaba el trozo de tierra sobre el que nos encontrábamos.

—El coche estaba aparcado justo donde hemos dejado el nuestro. ¿Ve ese pino medio caído, enmarcado por otros dos árboles? Marca muy bien el lugar. Dell llevaba desaparecido cuatro horas cuando una de las familias que viven cerca de aquí llamó a Sybil para contarle lo del coche. La gente comenzó la búsqueda poco después, pero, como digo, pasaron unas horas hasta que encontraron el cuerpo. Después de eso, empezó a llover durante horas. Eso borró cualquier rastro y los sabuesos no fueron de ninguna ayuda.

—¿Por qué nadie buscaba a Teenie?

—Nadie sabía que la chica estaba con Dell. Su madre no se dio cuenta de que Teenie había desaparecido hasta casi veinte horas después, quizá más. No sabía lo de Dell y tardó en llamar a la policía.

—¿Hace cuánto ocurrió esto?

—Hace seis meses, quizá.

Hummm... Hay algo que no encaja aquí.

—¿Cómo es que nos llaman ahora?

—Porque la mitad del pueblo cree que Dell mató y enterró a Teenie y después se mató. Esto está volviendo loca a Sybil. La madre de Teenie anda mal de dinero. Aunque hubiera pensado en llamarla, no podría pagarle. Sybil decidió hacerlo ella misma después de que Terry le hablara de usted, tras ir a una conferencia de alcaldes donde charló con el mandamás de un pequeño pueblo en la región de Arklatex.

Miré a Tolliver.

—El Dorado —murmuró él, y yo asentí al segundo de recordarlo.

—Sybil no soporta la vergüenza de la sospecha —dijo Paul Edwards—. Le gustaba Teenie, por muy alocada que fuera la chica. Sybil asumió de verdad que algún día formaría parte de su familia.

—¿No hay un señor Teague? —pregunté yo—. Es viuda, ¿verdad?

—Así es, Sybil se quedó viuda recientemente. Tiene una hija, también, Mary Nell, de diecisiete años.

—Entonces, ¿por qué estaban Teenie y Dell aquí fuera?

Se encogió de hombros, con una media sonrisa.

—Esa es una pregunta que nadie ha hecho nunca; quiero decir, diablos, diecisiete años, en un bosque en primavera... Supongo que todos pensamos que era un poco obvio.

—Pero dejaron el coche aparcado cerca de la carretera. —Eso era lo obvio, pero por lo visto no para Paul Edwards—. Si los chicos hubieran querido practicar sexo, habrían escondido el coche mejor. Los jóvenes de los pueblos pequeños saben lo fácil que es que los pillen.

Edwards parecía sorprendido, su delgado y oscuro rostro cerrado a pensamientos repentinos y poco gratos.

—No pasan muchos coches por esta carretera —dijo él, aunque no muy convencido.

Me puse las gafas oscuras. Edwards me miró de nuevo con recelo. Estaba nublado. Miré a Tolliver y asentí con la cabeza.

—En guardia, Macduff —dijo Tolliver, lo que dejó confundido a Paul Edwards. La obra del instituto de Edwards debió de ser *Julio César* en vez de *Macbeth*. Tolliver señaló hacia el bosque y Edwards, que pareció sentirse aliviado al entender cuál era su misión, comenzó a guiarnos colina abajo.

Era una marcha en pendiente. Tolliver permanecía a mi lado,

como siempre hacía; yo iba abstraída y sabía que me podía caer. Ya había pasado antes.

Después de veinte minutos de cuidadosa y lenta caminata colina abajo, complicada todavía más debido a las hojas y las agujas de pino que cubrían la empinada ladera, llegamos a un gran roble caído lleno de hojas, ramas y otros despojos. Era fácil ver que una fuerte lluvia había arrastrado los restos ladera abajo y los había depositado en el árbol.

—Aquí es donde encontraron a Dell —dijo Paul Edwards. Señaló el lado del roble caído que daba a la parte inferior de la ladera. No me extrañaba que hubieran tardado dos días en encontrar el cuerpo, aunque fuera primavera; pero me sorprendía la ubicación del cadáver. Me alegré de llevar las gafas puestas.

—¿A ese lado del tronco? —dije mientras señalaba el lugar para asegurarme de que lo había entendido bien.

—Sí —dijo Edwards.

—¿Y llevaba una pistola? ¿Estaba al lado de su cuerpo?

—Bueno, no.

—¿Pero la teoría es que se disparó a sí mismo?

—Sí, eso es lo que dijeron en la oficina del sheriff.

—Tenemos un problema evidente.

—El sheriff pensó que quizá la pistola la pudo haber cogido un cazador que no dio parte de lo que había encontrado. O que quizá uno de los tipos que encontraron a Dell se la quedó. Después de todo, las pistolas son caras y casi todo el mundo por aquí usa algún tipo de arma. —Edwards se encogió de hombros—. O, si Dell se disparó en el lado del tronco que daba a la parte de arriba de la ladera y cayó por ella, la pistola pudo haberse deslizado por la colina a una distancia considerable y quedar así oculta.

—En cuanto a las heridas, ¿cuántas eran?

—Dos. Una era un rasguño a un lado de la cabeza y la definieron como una... especie de primer intento. La otra se produjo en un ojo, que lo había atravesado una bala.

—Así que las dos lesiones se contaron como heridas por suicidio: una fallida y la otra no. Y no se encontró pistola alguna. Y él estaba en el lado del tronco que daba a la parte de abajo de la ladera.

—Sí, señora. —El abogado se quitó el sombrero y lo sacudió contra la pierna.

Algo no estaba bien. Bueno, quizá...

—¿Cómo lo encontraron?, ¿en qué posición?

—¿Qué?, ¿quiere que se lo muestre?

—Sí. ¿Lo vio usted?

—Sí, señora. Claro que lo vi. Vine a identificarlo. No quise que su madre lo viera en ese estado. Sybil y yo somos amigos desde hace años.

—Entonces, sígame la corriente y adopte la postura en la que estaba Dell, ¿vale?

Parecía como si Edwards quisiera estar en otro lugar. Se puso de rodillas en el suelo, con total desgana. Estaba de cara al árbol caído. Extendió una mano para no perder el equilibrio y se recostó sobre el terreno. Tenía las rodillas dobladas y estaba tumbado sobre su lado derecho.

Tolliver se movió detrás de mí.

—Hay algo que no está bien —me susurró al oído.

Yo asentí.

—Vale, gracias —dije en alto. Paul Edwards se puso de pie rápidamente, pero con dificultad.

—De todos modos, no entiendo por qué necesita ver dónde

estaba Dell —dijo él mientras hacía todo lo posible para no sonar acusatorio—. Estamos buscando a Teenie.

—¿Cuál es el apellido de la chica? —No es que fuera importante para la búsqueda, pero lo había olvidado y conocer el apellido mostraba respeto.

—Teenie Hopkins. Monteen Hopkins.

Yo todavía estaba en el lado del árbol caído que daba a la parte de arriba de la ladera y empecé a caminar hacia la derecha. Sentí que era lo apropiado y una forma de empezar tan buena como cualquier otra.

—Será mejor que vuelva a su coche —oí que le decía Tolliver a nuestro reacio acompañante.

—Podrían necesitar ayuda —dijo Edwards.

—Si la necesitamos, iremos a buscarlo.

No me preocupaba que nos perdiéramos. El trabajo de Tolliver consistía en que eso no ocurriera y nunca me había fallado; excepto una vez, en el desierto, y le di la lata con eso durante tanto tiempo que casi se vuelve loco. Por supuesto, ya que estuvimos a punto de morir, era una lección sobre la que incidir.

Era mejor que caminara con los ojos cerrados, pero sería peligroso sobre este terreno. Las gafas oscuras ayudaban, ya que aislaban del color y de la vida que me rodeaba.

Durante los primeros treinta minutos de esfuerzo por la empinada ladera, lo único que sentí eran los débiles pitidos de muertes de otros tiempos. El mundo está lleno de gente muerta.

Cuando me convencí de que, por muy furtivamente que se moviera, Paul Edwards no podía habernos seguido, me detuve al lado de un afloramiento rocoso y me quité las gafas. Miré a Tolliver.

—Tonterías —dijo él.

—Claro que sí.

—La pistola ha desaparecido, pero ¿es un suicidio? Dos disparos y... ¿es suicidio? Uno me lo trago, pero dos no. Y alguien que se va a matar se sienta en el tronco y se lo piensa, no se queda en la parte de abajo de un punto de referencia como ese. Los suicidas suben. —Ya teníamos experiencia.

—Además —dije yo—, cayó sobre la mano con la que tendría que haber cogido la pistola. Si por alguna extraña casualidad ocurrió así, tengo la certeza de que nadie habría buscado debajo del cadáver para robar el arma.

—Solo alguien con el estómago de acero.

—¡Y le atravesó el ojo! ¿Has oído alguna vez que alguien se haya disparado de esa forma?

Tolliver negó con la cabeza.

—Alguien se ha cargado al chaval —afirmó. Algunos días Tolliver es más de campo que otros.

—Así es —sopesé.

Pensamos en ello un rato.

—Pero será mejor que sigamos buscando a la chica —dije yo. Tolliver esperaba a que yo me decidiera.

Asintió.

—Ella también está por aquí —dijo con un pequeño interrogante en su voz.

—Seguramente. —Ladeé la cabeza mientras lo consideraba—. A menos que mataran al chico cuando intentaba impedir que alguien se la llevara.

Nos pusimos de nuevo en marcha y caminar se hizo más fácil; por supuesto que no era una superficie llana, pero no era tan empinada como antes.

Hay peores formas de pasar un día de otoño que andando

por el bosque mientras brillan las hojas y el sol salpica el suelo con su luz cuando se mueven las nubes. Abrí todos mis sentidos. Percibí un sonido metálico que, cuando llegamos a él, resultó ser demasiado viejo (diez años) para ser de la chica. Cuando estaba a treinta centímetros de la localización, supe que el cuerpo era el de un hombre negro que había muerto de frío. Estaba enterrado de forma natural debajo de hojas, ramas y tierra que habían caído por la ladera durante la pasada década. Lo que se podía ver eran costillas ennegrecidas con ropa hecha jirones y trozos de músculo todavía agarrados a los huesos.

Cogí una de las tiras de tela roja que tenía en el bolsillo de la chaqueta y Tolliver agarró uno de los trozos de alambre flexible que tenía metidos en un bolsillo largo de una de las perneras del pantalón. Até una tira a un extremo del alambre mientras Tolliver clavaba el otro extremo en el suelo. Habíamos recorrido unos cuatrocientos metros en dirección suroeste desde el árbol caído y lo anoté.

—Un accidente de caza —sugirió Tolliver. Yo asentí.

No siempre lo puedo definir con exactitud, pero el momento de la muerte me producía esa sensación: pánico, soledad. Un sufrimiento largo. Estaba segura de que se había caído de su escondite de caza y se había roto la columna. Se quedó allí tendido hasta que los elementos lo reclamaron. Todavía quedaban unos trozos de madera clavados en el árbol. Se llamaba ¿Bright?, ¿Mark Bright? Algo así.

Bueno, no era parte de mi sueldo. Este hombre era mi segundo regalo para el pueblo de Sarne. Ya era hora de ganar algo de dinero.

Comenzamos de nuevo. Cuando empecé a caminar hacia el este, me sentí inquieta. Después de alejarnos quizá unos diecio-

cho metros de los huesos del cazador, me llegó del norte un zumbido agradable y agudo. Cuesta arriba, lo cual era un poco extraño. Pero entonces me di cuenta de que teníamos que ir colina arriba para llegar a la carretera. Cuanto más me acercaba, más próxima estaba de los restos de Teenie Hopkins (o de alguna chica joven blanca). El zumbido se convirtió en un sonido monocorde y continuo. Me caí de rodillas sobre las hojas. Ella estaba allí. No toda, pero lo suficiente. Habían tirado encima de ella unas ramas grandes para ocultarla, pero ahora estaban muertas y secas. Teenie Hopkins había pasado un largo y caluroso verano bajo esas ramas. Pero todavía no estaba tan descompuesta como el cazador, a pesar de los insectos, animales y unos cuantos meses a la intemperie.

Tolliver se arrodilló a mi lado y me rodeó con un brazo.

—¿Es grave? —me preguntó.

Aunque tenía los ojos cerrados, pude sentir los movimientos de su cuerpo, como giraba la cabeza en todas las direcciones. Una vez fuimos sorprendidos en el lugar donde encontramos el cadáver por el propio asesino, que volvía con otro cuerpo. Qué ironía.

Esta era la parte dura. La peor. Normalmente, encontrar un cadáver simplemente indicaba que había tenido éxito. La forma en la que había muerto no me afectaba particularmente. Este era mi trabajo. Todos tenían que morir de una forma u otra. Pero esta descomposición en las hojas... había estado corriendo sin parar, jadeante, y se había convertido en un cuerpo aterrorizado. Y entonces le entró una bala por la espalda, y otra...

Me desmayé.

Tolliver me tenía sujeta en su regazo. Estábamos entre las hojas (de roble, de árboles del caucho, de sasafrés y de arce), una ondu-

lación de oro, marrón y rojo. Tenía la espalda apoyada en un viejo y enorme árbol del caucho y estaba segura de que se sentía incómodo con todos los frutos presionándole el trasero.

—Venga, cariño, despierta —me estaba diciendo y, por cómo sonaba su voz, no era la primera vez que me lo decía.

—Estoy despierta —dije yo. Odié lo debilitada que me salió la voz.

—Jesús, Harper. No lo vuelvas a hacer.

—Lo siento.

Apoyé la cara contra su pecho un rato más, suspiré, recuperé las fuerzas y me puse de pie rápidamente, aunque con dificultad. Me tambaleé adelante y atrás por un segundo hasta que me estabilicé.

—¿Qué fue lo que la mató? —me preguntó.

—Le dispararon por detrás, dos veces.

Esperó para ver si añadía algo más.

—Corría —le expliqué para que entendiera su pánico y desesperación en los últimos momentos de su vida.

Los últimos minutos pocas veces son así de duros.

Por supuesto, mi criterio difiere probablemente del de la mayoría de la gente.

Paul Edwards estaba esperando al lado de su reluciente Outback plateado cuando salimos del bosque. Toda su cara era un interrogante, pero nuestro primer informe debería ser para nuestra clienta. Tolliver le pidió al abogado que volviera al pueblo y reuniera al comité, si era eso lo que la señora Teague quería. Condujimos de vuelta a Sarne en silencio. Solo paramos una vez en una tienda de veinticuatro horas. Tolliver me compró una Co-

ca-Cola, una con azúcar de verdad. Siempre necesito azúcar después de encontrar un cuerpo.

—Tienes que beberte cuatro para ganar algo de peso —murmuró Tolliver, como siempre hacía.

Lo ignoré, como siempre hago, y me bebí la Coca-Cola. Diez minutos después, me sentí mejor. Hasta que descubrí el remedio del azúcar, a veces, después de un «rescate» exitoso, tenía que estar un día en cama.

El mismo grupo se reuniría en la oficina del sheriff y yo, sentada en el coche, durante un segundo tuve la mirada fija en la puerta de cristal. Era reacia a comenzar con esta parte del trabajo.

—¿Quieres que te espere en el vestíbulo?

—No, quiero que entres conmigo —dije yo, y Tolliver asintió. Me detuve, con la mano en la puerta del coche—. No les va a gustar esto.

Él asintió de nuevo.

Esta vez nos reunimos en una sala de juntas. Estábamos muy apretados: Branscom, Edwards, Teague y Vale, además de Tolliver y yo.

—El mapa —le dije a Tolliver.

Él lo desplegó encima de la mesa. Dispuse todo lo que quería decir delante de mí para así poder alcanzar mi objetivo, que era irme de esa oficina y de ese pueblo con un cheque en las manos.

—Antes de empezar con el asunto que nos atañe —dije yo—, déjenme que les diga que también encontramos el cuerpo de un hombre de color, que murió hace diez años, en esta localización. —Señalé la marca roja que habíamos hecho primero—. Murió de frío.

El sheriff parecía estar haciendo memoria.

—Podría ser Marcus Allbright —dijo despacio—. Yo era el

ayudante del sheriff entonces. Su mujer pensó que se había fugado. Dios mío. Iré a recoger lo que queda de él.

Me encogí de hombros. Eso no tenía nada que ver con mi cometido.

—Ahora, en cuanto a Teenie Hopkins —todos se pusieron tensos y Paul Edwards incluso se inclinó más hacia delante—, le dispararon dos veces por la espalda y sus restos están justo aquí. —Señalé el lugar con el dedo.

Se oyó un grito entrecortado entre los que estaban sentados a la mesa.

—¿La vio usted? —preguntó ¡Hola! Soy TERRY, el ALCALDE con los ojos muy abiertos detrás de las gafas de montura metálica. El señor alcalde estaba a punto de llorar.

—Vi lo que quedaba de ella —dije, y entonces me di cuenta de que habría sido suficiente que asintiera con la cabeza.

—¿Quiere decir —dijo la señora Teague con incredulidad— que la dejó allí?

Harvey le echó una mirada de puro asombro.

La miré fijamente con una expresión parecida.

—Es el escenario de un crimen —dije yo—. Y no hago levantamientos de cadáver. Eso se lo dejo a la gente cualificada. Vaya usted a recogerla, si no quiere que el sheriff investigue.

Entonces respiré profundamente. Era la clienta.

—Fueron dos disparos por la espalda, así que todavía no sabemos cómo pasó. Si a su hijo lo dispararon primero, entonces a Teenie la mató la misma persona. Por supuesto, si fue su hijo quien la asesinó, entonces se mató después de hacerlo. Pero dudo de que se hubiera suicidado.

Eso la hizo callar, al menos temporalmente. Todos los que estaban en la sala me prestaban total y absoluta atención.

—Ay, Dios mío —susurró Sybil.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el sheriff.

—¿Cómo encuentro los cuerpos, para empezar? Lo hago y ya está. Cuando los encuentro, sé qué los mató. Que me crean o no, eso depende de ustedes ahora. Querían que localizara a Teenie Hopkins. He encontrado lo que queda de ella. Puede que falte un hueso o dos. Por los animales.

Sybil Teague me miraba fijamente con una expresión extraña en la cara. No sabía si elogiarme o sentirse asqueada. Pero, al menos, yo creía que su hijo Dell no se había suicidado. Se pasó las manos por el traje pantalón de color tostado, una y otra vez, arreglándose la parte delantera de la chaqueta y luego la de los muslos.

—Llame a Hollis —dijo el sheriff por el interfono.

Y nos quedamos sentados en un silencio sepulcral hasta que entró un hombre con uniforme de ayudante. Estaba casi en la treintena. Era robusto y tenía el pelo rubio y los ojos azules. Y sentía una enorme curiosidad por lo que había estado pasando en la oficina del sheriff. Nos echó a Tolliver y a mí una mirada exhaustiva. Nos reconocería la próxima vez. Le quedaba bastante bien el uniforme.

—Señorita Connelly —dijo el sheriff—, usted saldrá con Hollis y le enseñará dónde está el cuerpo.

Hollis miraba sorprendido mientras asimilaba el significado de lo que era más una orden que una petición.

—¿Cuál? —pregunté yo, y sus ojos se agrandaron.

—Iré yo —dijo Tolliver—. Harper necesita descansar.

—No, la señorita Connelly encontró el cuerpo y es ella la que tiene que ir.

Tolliver fulminó al sheriff con la mirada y este hizo lo mismo.

Era evidente que el sheriff se quería asegurar de que me ganaba hasta el último centavo de mis honorarios. Me obligué a ponerme en marcha.

—Iré —dije yo. Puse la mano en el brazo de Tolliver—. Todo irá bien.

Mis dedos se agarraban a su chaqueta y yo me quedé así, aferrada a él, durante un rato. Luego lo solté. Giré bruscamente la cabeza hacia el ayudante rubio.

—Él me traerá de vuelta enseguida —dije por encima del hombro, porque quería que Tolliver se quedara allí mientras yo estaba fuera. Asintió, la puerta se cerró detrás de mí y lo perdí de vista.

El ayudante del sheriff iba delante en dirección a su coche patrulla.

—Me llamo Hollis Boxleitner —se presentó.

—Harper Connelly —dije yo.

—¿Era ese su marido?

—Mi hermano, Tolliver Lang.

—Diferentes apellidos.

—Sí.

—¿Adónde vamos?

—Diríjase a la carretera 19, dirección noroeste.

—Hacia donde...

—Dispararon al chico —dije yo.

—Se suicidó. —Hollis Boxleitner la corrigió, pero no lo hizo muy convencido.

—Ja —dije yo de manera despectiva.

—¿Cómo los encuentra? —me preguntó.

—¿Le dijo el sheriff que iba a venir?

—Se lo oí decir por causalidad cuando hablaba por teléfono.

Pensó que Sybil estaba loca por pedir que viniera. Se enfadó con Terry Vale por contarle lo que había oído de usted.

—Me alcanzó un rayo —dije yo— cuando tenía unos quince años.

Parecía estar buscando las preguntas.

—¿Estaba usted en casa?

—Sí —dije yo—. Yo, Tolliver y mi hermana Cameron... estábamos solos en casa. Mis dos hermanastras más pequeñas estaban cantando en algún programa especial. Mi madre, de hecho, se fue al parvulario a verlas.

Por el estado en el que se encontraba mi madre en aquel entonces, fue increíble que recordara que tenía hijos.

—Y estalló la tormenta, alrededor de las cuatro de la tarde, mientras me encontraba en el baño. El lavabo estaba al lado de la ventana, abierta en ese momento. Yo me hallaba de pie delante del lavabo para así poder mirarme al espejo mientras usaba mi rizador de pelo eléctrico. Entró por la ventana. Lo siguiente que recuerdo es que estaba en el suelo mirando al techo, que mi pelo echaba humo y que no tenía puestos los zapatos. Tolliver me había practicado la reanimación cardiopulmonar. Entonces llegó la ambulancia.

Para mí esto ya era hablar sin parar. Decidí callarme.

Parecía que Hollis Boxleitner no tenía más preguntas, lo cual era maravilloso y extraño. Para la mayoría de la gente, eso solo habría sido un aperitivo de lo que quería saber. Abracé mi chaqueta contra el pecho y me imaginé lo agradable que sería cuando estuviera en la cama del motel. Pondría todas las mantas. Tomaría una sopa caliente para cenar. Cerré los ojos durante unos minutos. Cuando los abrí, ya me sentía mejor. Estábamos cerca de la localización.

Le ordené al ayudante que parara a un lado cuando yo calculara, por el tirón que sentía, que estábamos en la parte de la carretera más cercana al cuerpo. Ahora que sabía dónde estaba, era más fácil detectar el cuerpo en mi mapa mental. Salimos a dar el paseo colina abajo, mucho más sencillo que nuestro descenso anterior hacia la ubicación del cuerpo del chico. Mientras avanzamos con cuidado ladera abajo, Boxleitner dijo:

—Entonces, usted se gana la vida buscando gente muerta.

—Sí —dije yo—. Eso es lo que hago.

También tengo dolores de cabeza malísimos, manos temblorosas y un extraño dibujo de una telaraña en mi pierna derecha, que era más débil que la izquierda. Aunque corro con regularidad para mantener fuertes los músculos, subir y bajar las laderas aquel día había hecho que me temblara esa pierna. Me apoyé contra un árbol mientras señalaba el montón de restos que ocultaban lo que quedaba de Teenie Hopkins.

Después de mirar debajo de las ramas, Boxleitner vomitó. Parecía avergonzado, pero yo hice como si nada. Hay que ver esa clase de cosas con mucha frecuencia para que no te impresione el destrozo que el tiempo y la naturaleza puede causar en nuestro cuerpo. Tenía la impresión de que un policía de un pueblo pequeño no había visto muchos cadáveres. Y probablemente conocía a la chica.

—Es peor cuando están en pleno proceso —le dije yo.

Entendió lo que quería decir y asintió con vehemencia. Regresé al coche patrulla y lo dejé allí solo para que se serenara y realizara cualquiera que fuera el procedimiento oficial que tenía que llevar a cabo.

Estaba apoyada en la puerta del coche cuando Hollis Boxleitner subía penosamente la ladera y se limpiaba la boca con el dor-

so de la mano. Para marcar el lugar, ató una tira de plástico naranja al árbol más cercano a la carretera y al coche. Hizo un gesto hacia la puerta que quería decir que me metiera dentro y condujo de vuelta al pueblo en un silencio sombrío.

—Teenie Hopkins era mi cuñada —me dijo mientras aparcábamos.

No dije nada.

Dejé que entrara primero en la comisaría. Solo habíamos estado fuera unos cuarenta y cinco minutos y el grupo todavía estaba reunido. La tensión en la mandíbula de Tolliver me decía que lo habían estado acribillando a preguntas sobre mí (quizá sobre mi tasa de éxito) y tuvo que explicar algunas cuestiones. Cosa que odiaba.

Todas las cabezas se giraron hacia nosotros, inquisidoras: la expresión del alcalde parecía ser solo de curiosidad; la del abogado, de cautela; la del sheriff, de enfado. Tolliver estaba aliviado. Sybil Teague estaba tensa y triste.

—El cuerpo está allí —dijo Hollis brevemente.

—¿Estás seguro de que es Teenie? —La señora Teague sonaba... entre aturdida y abatida.

—No, señora —dijo Boxleitner—. No, señora, no estoy seguro en absoluto. El dentista podrá decírnoslo. Llamaré al doctor Kerry. Será suficiente para una identificación no oficial. Tendremos que enviar los restos a Little Rock.

Estaba segura de que el cuerpo era el de Teenie Hopkins, por supuesto, pero Sybil Teague no me iba a agradecer que se lo dijera otra vez. De hecho, me miraba con un cierto desagrado. Esa era una actitud con la que me había encontrado muchas veces. Me había contratado y me iba a pagar una considerable suma de dinero, pero no quería creerme. De hecho, sería feliz si me equi-

CHARLAINE HARRIS

vocara. Y ciertamente yo no era de sus personas preferidas, aunque le había traído la información que había solicitado... y ella se había tomado muchas molestias para que yo viniera a Sarne y se la facilitara.

Quizá, cuando empecé en mi negocio, era capaz de comprender esta actitud perversa, pero ya no. Hacía que me sintiera cansada.